



MENORCA bajo los ingleses

A finales del pasado mes de noviembre, *Turismo Rural* asistió en Ciutadella a las XX Jornadas de Investigación Histórica de Menorca, organizadas por la Societat Històrico-Arqueològica Martí i Bella, que versaron sobre la presencia británica en la isla en el siglo XVIII.

ALBERTO DE FRUTOS

Arriba, parte del grupo asistente a las Jornadas de Investigación Histórica de Menorca en su visita al aljibe d'Es Mercadal, una construcción británica de los tiempos del gobernador Richard Kane.

Que Menorca nos encanta no es ningún secreto. Si en el número de otoño enfilamos el Camí de Cavalls que circunvala la isla, con un compás que pretendió sembrar en el folio un rastro de naturaleza e historia, esta vez ponemos el foco en esa última disciplina para hablar de las XX Jornadas de Investigación Histórica de Menorca. Y, ante todo, en sus convocantes, la Societat Històrico-Arqueològica Martí i Bella, que acaba de cumplir un cuarto de siglo de existencia... y los que le quedan.

Viendo la muestra conmemorativa en la Sala de Exposiciones del Roser, cualquier alabanza a su quehacer se queda corta. Durante veinticinco años, los

miembros de la Martí i Bella han hecho mucho más que difundir la historia de su comunidad. Han defendido sus valores y mimado sus paisajes, y se han batido el cobre para que Ciutadella, y Menorca en su conjunto, sepan de dónde vienen y adónde van. Con su entusiasmo y su arrolladora capacidad de convocatoria, llamaron a las puertas de la asociación Hispania Nostra, que el pasado año reconoció su movilización para preservar el patrimonio de Punta Nati ante la ampliación del parque solar de Son Salomó. En la antigua iglesia de El Roser, la placa de ese premio luce en un lugar de honor y se diría que concentra la gratitud de todo un pueblo por quienes no se quedan de brazos cruzados y trabajan para hacer de este mundo un sitio mejor.

Si visitamos Ciutadella y sus alrededores, es fácil que nos encontremos con algún fruto de sus desvelos: las barracas de Es Pinaret, restauradas por los voluntarios del Grup d'Intervenció sobre Béns Etnològics (GIBET), la rehabilitación de la farmacia Llabrès, proyecto iniciado en 2011, la recuperación del Real Alcázar de Ciutadella, sede del Ayuntamiento y el Bastión del Gobernador, cuyas obras marchan viento en popa...

Detrás de su Junta Directiva, que hoy preside Carmela Sánchez, hay personas que adoran su tierra, ni más ni menos; y puede que no haya amor más confiable que aquel que se interesa por el pasado, lo acepta y lo vulgariza para que todos lo conozcan. En ese sentido, las Jornadas de Investigación Histórica son un pilar esencial. Ya van veinte ediciones, desde que en 2004 la Menorca de Said Ibn Hakam abriera el ciclo, que, en 2022, ha sondeado la presencia bri-

tánica en la isla durante el siglo XVIII, sus luces y sus sombras. Entre medias, la Menorca paleocristiana, los fenicios y los púnicos, la cultura de los talayots... Con una historia tan fértil como la suya, imaginamos que no es difícil escoger un tema. El desafío es atraer a los principales expertos, tanto nacionales como foráneos, para que lo analicen. Pero ya hemos dicho que el entusiasmo y la capacidad de convocatoria se cuentan entre las virtudes de estas gentes, y el resto lo pone la magia de la isla, la imposible perfección de sus atardeceres y las aguas calmas de su puerto.

INGLESES, FRANCESES Y ESPAÑOLES

Las últimas jornadas, entre el 18 y el 20 de noviembre del pasado año, tomaron como pretexto un aniversario redondo: el tercer centenario del traslado de los tribunales reales a Maó por el gobernador inglés Richard Kane en 1722, un feo, otro más, a los privilegios que hasta entonces había ostentado Ciutadella.

Nueve años antes, por el Tratado de Utrecht que puso fin a la guerra de Sucesión española, Menorca había pasado a soberanía británica. De hecho, en septiembre de 1708, los ingleses habían conquistado la isla con una doble expedición, comandada desde Cerdeña por el almirante John Leake y desde Cataluña por James Stanhope. Tal como explica Josep Juan Vidal, catedrático de Historia Moderna de la Universitat de les Illes Balears, el desembarco se produjo en el sureste de la isla y, en poco tiempo, las fuerzas sometieron el castillo de San Antonio en Fornells, Ciutadella y el castillo de San Felipe. Unas semanas después de la ofensiva, el príncipe Jorge de Dinamarca, esposo de la reina Ana de Inglaterra, sentenció: "Hemos conquistado Menorca para el rey Carlos III de España", es decir, para el archiduque Carlos de Austria, que reclamaba la Corona tras la muerte sin descendencia de Carlos II el Hechizado.

Sin embargo, a la hora de la verdad, con la derrota austracista, Menorca permaneció bajo la órbita británica hasta su ocupación por Francia en 1756, en los prolegómenos de la guerra de los Siete Años. Sin duda, el duque de Richelieu y el marqués de La Ga-



Sobre estas líneas, el obelisco de Richard Kane cerca del puerto de Maó. Lo mandó construir otro gobernador, Edward Fox, en el año 1801, durante el último período de dominación británica de la isla (foto: Turisme de Menorca).

Abajo, una señal del camí d'en Kane, ruta que cruza el paisaje rural interior de la isla entre Maó y Mercadal, pasando por Alaior. Su artífice, una vez más, fue el gobernador Kane, en la que se considera una de sus grandes contribuciones a las obras públicas menorquinas (foto: Turisme de Menorca).



LA SOCIETAT HISTÒRICO-ARQUEOLÒGICA MARTÍ I BELLA ACABA DE CUMPLIR UN CUARTO DE SIGLO... Y LOS QUE LE QUEDAN

lissonière, que habían puesto contra las cuerdas a las tropas de Jorge II, se las prometían muy felices, pero ya sabemos que toda gloria es efímera y, tras la victoria de la coalición angloprusiana en ese conflicto, los ingleses plantaron de nuevo sus reales en la isla.

Y aún no había pronunciado su última palabra el siglo XVIII. En 1782, el duque de Crillon recuperó Menorca para España y, en ese eterno toma y daca, el general Charles Stuart compareció en 1798 en el puerto de Addaia y le "robó" la isla al brigadier Juan Nepomuceno Quesada, quien, con un contingente inferior a cuatro mil hombres, capituló una semana después. Finalmente, en 1802, la más septentrional de las islas Baleares se posó en el regazo español en virtud del Tratado de Amiens, y desde entonces no ha habido más novedad en el frente. Y gracias, que ya llevábamos demasiados sobresaltos.

ESPERAR EL MOMENTO

En realidad, la historia de Menorca durante el siglo XVIII resulta tan trasegada como esa centuria de guerras, que se abrió con la de Sucesión y se despidió con las revolucionarias francesas. En el corazón del Mediterráneo occidental, la isla, muy apetecible desde el punto de vista estratégico, fue testigo de asedios y batallas navales, cambios imprevistos, mejoras e involuciones, que, por supuesto, alteraron la vida de los menorquines, lo que todavía hoy puede reconocerse en su léxico, con términos ingleses y franceses que se han cosido a su vocabulario, su arquitectura, con esas mansiones coloniales de estilo paladiano, o su afición a la ginebra.

Pero ¿por qué despertaba tanto interés Menorca? Para España, porque era su territorio, naturalmente; para Francia, porque no llevaba nada bien que su némesis británica hubiera fijado su domicilio en ella; y para la pérfida Albión, porque, en ese intrincado tablero de ajedrez, protegía a su reina, Gibraltar, y le servía como punta de lanza para su comercio en el Mediterráneo. ¿Y qué tenían que decir los menor-

LA HISTORIOGRAFÍA HA SIDO MUY BENÉVOLA CON EL LEGADO INGLÉS, Y QUÉ DUDA CABE QUE HUBO AVANCES SIGNIFICATIVOS

quines a todo esto? “Se adaptaron por pragmatismo –explica el doctor en Historia Miquel Àngel Casasnovas–, no podían evitar esos cambios de amo y, a la vez, pretendían conservar su propia idiosincrasia y sus intereses”.

La cuestión es si lo consiguieron. Sucede que la historiografía ha sido en general muy benévola con el legado inglés, y qué duda cabe que hubo avances significativos, como el camino d'en Kane, que une Maó y Mercadal pasando por Alaior (un obelisco cerca del puerto de Maó rinde homenaje a ese militar y gobernador), el aljibe d'Es Mercadal, que empezó a construirse en 1735 por iniciativa del propio Kane, o, por qué no, el fuerte Marlborough, que, terminado en 1726 en la bocana del puerto de Maó, sufriría no pocos estragos durante la “reconquista” española de 1782. Si quisiéramos, podríamos trazar una ruta sobre el mapa y repasar su herencia: el Museo Militar de Menorca en Es Castell, el reloj del ayuntamiento de Maó, el Lloc de Son Bonaventura en Alaior o, en Ciutadella, la torre des Castellar, erigida ya en el período de la última dominación.

CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

Sin embargo, es evidente que la ocupación no se vivió igual en todos los ámbitos ni por todos los súbditos. Ya hemos comentado la efeméride detrás de estas jornadas: el traslado de los tribunales reales a Maó en 1722; y es que, hasta la llegada de Richard Kane, el poder político y administrativo de la isla se había concentrado en Ciutadella.



Arriba, la torre des Castellar, de planta circular y rodeada por un foso de seis metros de anchura. Se encuentra a las afueras de Ciutadella y fue erigida entre 1799 y 1802 como apoyo al castillo de Sant Nicolau.

Los conflictos con la Iglesia fueron, además, muy frecuentes, tal como expuso el doctor Francisco José Cardona Vidal en su conferencia, que tocó la polémica de los 17 artículos que Kane impuso a los clérigos en 1721, con el fin de meterlos en cintura y recordarles quién mandaba allí. Lo cierto es que, antes de que el Tratado de Utrecht formalizara la ocupación británica, el obispo de Mallorca se había quejado ante el Papa de la violencia que los ingleses estaban ejerciendo en Menorca, sujeta a su obispado (su carta, ojo, está fechada el 26 de septiembre de 1712). Tras muchos desencuentros, Kane, anteponiendo la Constitución de su país a las prácticas de la Iglesia, se dirigió al vicario general de Menorca con su famosa letanía de 17 puntos, que, en la práctica, lesionaba el espíritu del Tratado de Utrecht sobre la libertad religiosa (“promete también su Majestad británica que hará que todos los habitantes de aquella isla, tanto eclesiásticos como seculares, gocen segura y pacíficamente de todos sus bienes y honores y se les permita el libre uso de la religión católica romana; y que para la conservación de esta religión en aquella isla se tomen aquellos medios que no parezcan enteramente opuestos al gobierno civil y leyes de la Gran Bretaña”).

Así, no es de extrañar que muchos vecinos de Ciutadella miraran con simpatía a los franceses que desembarcaron en la isla en 1756, tal como narra el historiador Gabriel Julià Seguí. Al frente de esa expedición, el sobrino-nieto del cardenal Richelieu, Louis François Armand de Vignerot du Plessis, recibió el juramento de fidelidad de las autoridades civiles y eclesiásticas de la antigua capital, con *Te Deum* incluido en la iglesia mayor. Frente a las maquinaciones anglicanas, los franceses respetaban la fe de los residentes –al fin y al cabo era la suya–, tal como puso de manifiesto la procesión del Corpus del 17 de junio. Para el historiador del siglo XIX Rafael Oleo, “todo para los franceses era notable: el orden de la paz en las familias, los ejemplos de los padres, la sumisión respetuosa de los hijos, la veneración

Junto a estas líneas, el obelisco de Ciutadella, uno de los símbolos de esta ciudad, situado en la plaza des Born, que recuerda el asedio de la flota turca de 1558.



Arriba a la izquierda, una residencia privada construida en un antiguo polvorín, vinculado posiblemente con las ocupaciones extranjeras del siglo XVIII.

Sobre estas líneas, la exposición que conmemora en la sala del Roser los veinticinco años de la Societat Històrico-Arqueològica Martí i Bella.

LOS MENORQUINES ESPERARON LA SIGUIENTE TRAMUNTANA O MIGJORN, CONSCIENTES DE QUE ELLOS SEGUIRÍAN EN ESE PAISAJE

de los ancianos, la decencia de los trajes (...).” Incapaces de frustrar el desembarco galo, los ingleses se atrincheraron en la fortaleza de San Felipe y se encomendaron a la veteranía del general Blakeney mientras aguardaban los refuerzos del malogrado almirante Byng, hasta sellar su capitulación el 29 de junio. Entre tanto, los menorquines, que habían visto pasar por sus tierras a fenicios, romanos y árabes, esperaron la siguiente Tramuntana o Migjorn, en la certeza de que algún día el viento dejaría de soplar y ellos seguirían en ese paisaje, tranquilos e inmutables, ajenos a la codicia de los imperios.

LOS AIRES DE LA ILUSTRACIÓN

Transcurridos los siete años de dominación francesa, la paz de París reintegró la isla a Inglaterra en 1763. El Viejo Continente estaba cambiando al dictado de la naturaleza y la razón, diosas coronadas por la *Encyclopédie* francesa, mientras Kant, Hume y Rousseau nos enseñaban a mirar el mundo con otros ojos. “La asunción progresiva del ideario ilustrado por parte de los miembros de la burguesía mahonesa y de nobles y clérigos ciudadelanos daría sus frutos a partir de los primeros años de la segunda dominación británica”, revela la filóloga María Paredes Bauliga, que ha estudiado los múltiples logros de la Societat Maonesa, fundada en 1778, la pulcra biblioteca del intelectual neoclásico Joan Ramis i Ramis o la obra de Joana de Vigo i Squella, que da nombre al salón de actos de la Casa de Cultura de Ciutadella.

Desparramadas por el orbe, las ideas ilustradas agitaron las conciencias y alentaron una suerte de nacionalismo cultural que no tardaría en sustanciarse en el *Volksggeist* o espíritu del pueblo de los románticos alemanes. En gran medida, esas ideas polinizaban las mentes desde las páginas volanderas de los periódicos. Patrizia de Salvo, profesora de la Universidad de Mesina, recuerda el papel que desempeñaron las islas del Mediterráneo (Córcega, Malta, Sicilia, Cerdeña...) para exportar los derechos y libertades de Gran Bretaña como alternativa a los

proyectos revolucionarios de Napoleón. Auténticos laboratorios de ingeniería constitucional, esos foros de tinta contribuyeron a intensificar la propaganda inglesa en el curso de la guerra contra el Gran Corso. “Durante la dominación británica –precisa De Salvo– no se editaron periódicos en Menorca, y así fue hasta que la Constitución de Cádiz abrió nuevos horizontes”.

La batalla ideológica desencadenada en 1789 siguió a la que, a lo largo y ancho del Mediterráneo, estaban librando Gran Bretaña y Francia tras la revolución de las Trece Colonias en América del Norte. Con la derrota de los primeros en la campaña de Saratoga (1777), sus enemigos vieron la oportunidad de abrir un segundo frente en el Mediterráneo. Así, corsarios y naves de guerra francesas empezaron a hostigar a las naos menorquinas, y el 21 de agosto de 1778 el rey Jorge III de Inglaterra ordenó al gobernador James Murray armar naves corsarias por su cuenta, un permiso que, como recuerda Marc Pallicer Benejam, autor de *Los corsarios de Menorca*, se materializó el 17 de septiembre cuando el corsario de Ciutadella Joan Caymaris se echó a la mar en el jabeque Tártaro.

Valgan estas notas urgentes y caprichosas para recalcar que el pasado explica el presente, le da forma y sentido. Si esta temporada nos hacemos una escapada a Menorca y nos topamos con una torre de defensa costera, un antiguo hospital militar en una isla o incluso una iglesia, la de la Concepción, levantada por los griegos de Maó durante la ocupación británica, abriremos los ojos a la realidad de lo que somos: una secuela, un “continuará” perpetuo, un puzzle de sueños en el que nos limitamos a acomodar nuestra pieza al igual que hicieron ingleses, franceses y españoles durante el siglo XVIII y lo mismo que harán los que vengan después.